



Imagen de la concentración en la Puerta del Sol (Madrid) después que la Junta Electoral la prohibiera

(ACTUALIDAD EVANGÉLICA, 20/05/2011) El movimiento “Democracia Real” -también conocido como "**movimiento 15-M**"- ha irrumpido en la campaña electoral con el ímpetu de una riada embravecida, pero con una exquisitez cívica ejemplar en las formas, lo que constituye en sí mismo un signo esperanzador, más allá del éxito que puedan alcanzar sus reivindicaciones.

La onda expansiva producida por las revueltas en Túnez también ha alcanzado a España,

confirmando la eficacia de las redes sociales, no solo para sensibilizar conciencias y crear opinión pública al margen de la industria informativa tradicional, sino también para movilizar a las masas.

Existen, sin embargo, diferencias significativas en los objetivos de la “primavera árabe” y los de los acampados en Sol. Mientras que las movilizaciones en los países magrebíes son para protestar contra regímenes totalitarios y **exigir democracia**, en España –con más de 30 años de recorrido constitucional y un Estado de Derecho plenamente consolidado- la exigencia es otra: **“democracia real”**.

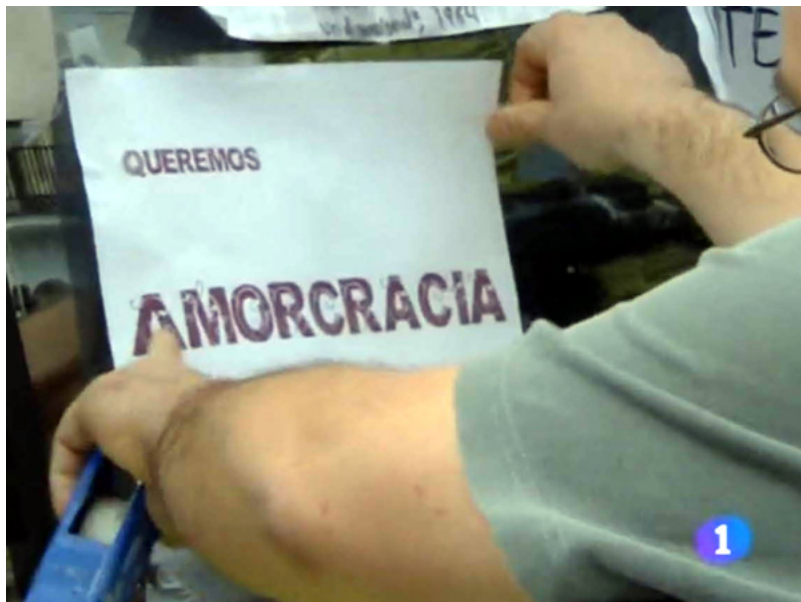
El movimiento, que a estas horas ya se ha extendido por **50 capitales españolas** y ha tenido réplicas frente a las embajadas de España en París y en otros lugares, ha conseguido restar protagonismo a los dirigentes políticos en plena campaña electoral y ponerles nerviosos, obligándoles a pronunciarse al respecto con la mayor de las prudencias.

Algunos dirigentes y líderes de opinión han sido algo más audaces y **han cuestionado que a la democracia “haya que ponerle apellidos”**, porque –dicen- eso “devalúa a la democracia”.

Interesante, pero equívoco. Porque, igual que pasa con otros términos, que describen grandes conceptos –libertad, igualdad, paz, amor, etc.-, la democracia necesita explicarse cuando deja de ser una abstracción, o un ideal, para materializarse en una realidad concreta, **siempre mejorable y perfectible**.

La expresión “Democracia real” señala claramente el desencanto popular con **“una” versión del sistema**, que ha dejado al concepto de “soberanía popular” convertido en un mero eufemismo. Para describir el estado actual de cosas cabría hablar de “democracia cautiva”, o “democracia secuestrada”, gestionada por “Estados rehenes”, sin apenas márgenes de autonomía, a merced de “los mercados”, ese nuevo imperio intangible, transnacional y transestatal, que gobierna hoy los destinos del mundo bajo **el valor supremo de la codicia**.

Por eso, y más allá de lo que pueda dar de sí este movimiento popular de pacífica y cívica protesta, resulta importante el aire de frescura con el que ha revitalizado y despertado a la ciudadanía, dejándonos infinidad de imágenes que ya formarán parte de nuestra historia para siempre.



“Queremos Amorcracia”

Una de esas imágenes, recogida por las cámaras de RTVE en el telediario de ayer, enfocaba una consigna peculiar: **“Queremos Amorcracia”**. Es decir, el “gobierno del amor”.

Puede parecer demasiado utópico... o no, según el concepto que se tenga del amor. Al fin y al cabo, los sociólogos y distintos expertos que analizan el fenómeno señalan **“el distanciamiento entre el poder y la gente”**, como una de las causas fundamentales del levantamiento.

Claro que, en nuestros días, “amor” es otra de las palabras devaluadas que necesita de “apellidos” para ser definida.

Pero si el concepto de amor fuera el que describe San Pablo en su carta a los cristianos de Corinto **(1)** en el primer siglo de nuestra era, entonces sí puede tener sentido reclamar “Amorcracia”. Es decir, **el gobierno entendido como vocación de servicio**, como

labor humilde y altruista de dirigentes que “sirven” a su pueblo (no que “**se sirven**” de él), porque “**no buscan lo suyo**” , sino el bien del ciudadano.

También sería una democracia que **premiaría** a banqueros y capitalistas “**que sean ricos en buenas obras**” (2)
-que invirtieran en la economía productiva y en el desarrollo social y educativo de los ciudadanos-, pero que **perseguiría y castigaría a los que apostaran por la especulación financiera** , buscando beneficios y alta rentabilidad inmediatos, a costa del desempleo, los recortes sociales y la corrupción.

¿Un ideal demasiado utópico para perseguirlo?

En estos días se evoca con frecuencia una conocida frase del escritor uruguayo **Eduardo Galeano** : “*La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para que sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar*” .

La “Amorcracia” puede parecer una consigna tan utópica como la “Democracia real”. Pero si sirvieran para ponernos en pie, para inspirarnos y para distanciarnos de esta democracia devaluada por intereses mezquinos y liderazgos rehenes, **avanzando hacia un horizonte de mayor compromiso por parte de todos en la construcción del bien común** , podrían convertirse en vocablos llenos de sentido.

Autor: Actualidad Evangélica

(1) 1 Corintios 13: 1

(2) 1 Timoteo 6:17-19

© 2011. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA como fuente.

{loadposition editorial}